

revolucionario á la manera de José II, no á la manera del 93.

Todos los filósofos abundaban en esas ideas. Citarémos algunos textos, escogiéndoles en escuelas diferentes. En las Memorias de Duclos se lee: "La tolerancia civil es de derecho natural; pero para infundirla en los ánimos de una nacion, sería necesario el largo reinado de un *príncipe absoluto*, conservador de las costumbres por la autoridad y por el ejemplo, observador exacto y respetuoso del culto dominante, aún cuando fuese indiferente á todos," (1). Hé aquí un singular revolucionario que reclama la libertad que tienen en más precio los filósofos, la de pensar, es decir, la tolerancia, y para obtenerla quiere un *rey absoluto*. ¿Cómo podría ser otorgada la libertad por un monarca que fuese la encarnacion del despotismo? La libertad religiosa es un deber tanto como un derecho, el deber de manifestar sus convicciones, lo cual implica verdad y sinceridad, ¡y Duclos quiere un príncipe hipócrita!

Veamos un filósofo más radical que Duclos. El baron d'Holbach no contemporiza con los reyes. Sin embargo, dice: "Un príncipe amigo del orden y de la justicia ¿no podría llegar á ser en poco tiempo el *restaurador* de un vasto imperio? La prudencia y la equidad, armadas de un *gran poder*, son capaces de cambiar en poco tiempo la faz de un Estado. El *poder absoluto* es muy útil cuando se propone desterrar los abusos, abolir las injusticias, corregir los vicios y reformar las costumbres. *El despotismo sería el mejor de los gobiernos* si pudiera estar siempre ejercido por Titos, Trajanos y Antoninos; pero recae comunmente en manos incapaces de ejercerle con prudencia," (2). Nosotros diremos, por el contrario, que el despotismo es el más detestable de todos los gobiernos, aún cuando fuera ejercido por el mismo Marco Aurelio, porque, en vez de desarrollar las fuerzas individuales, las aniquila, siendo así que donde reside el poder de la civilizacion es en el desarrollo de la individualidad.

¿De dónde procedía esa extraña ilusion de una reforma realizada por un *príncipe absoluto*? El filósofo de la democracia, Rousseau, va á responder-

(1) DUCLOS, *Memorias* (véase la coleccion de PETITOT, tomo LXXII, p. 244 de la segunda serie).

(2) *Ethocracia ó el gobierno fundado en la moral*, obra atribuida al baron d'HOLBACH, p. 6.

nos á esta pregunta; él, que no mira al pueblo con el desden que le miraba Voltaire, tratándole de canalla, y, sin embargo, cuando se trata de dar una constitucion á su república no piensa en convocar la nacion soberana, sino que apela á un legislador. ¿Es que ese legislador ha recibido sus poderes del pueblo? Rousseau no lo dice; pero aún cuando eso fuera, no sería ménos absoluto como órgano de la nacion. El ideal que Rousseau tiene ante la vista es un Moises, un Licurgo, ó, si se quiere, un Mahoma. Se llena de admiracion ante la ley judaica, que no perece, y ante la del hijo de Ismael, que rige la mitad del mundo durante diez siglos: "Que no vea en ellos, dice, el ciego espíritu de partido meros impostores afortunados; el verdadero político admirará en sus instituciones el grande y poderoso genio que preside á las instituciones durables."

Sigamos al *legislador* Rousseau en su obra, y veamos que no difiere del *príncipe absoluto* de los filósofos. Le llama, por decirlo así, para cambiar la naturaleza humana, para transformar á cada individuo y para alterar su constitucion á fin de reforzarla. ¿Cómo y con qué objeto se pondrá el legislador por cima del Creador? "Quitará al hombre sus fuerzas propias para darle otras ajenas, de suerte que cada ciudadano no sea nada, ni pueda nada más que por todos los otros." Es la subordinacion completa del individuo á la sociedad. Para matar al hombre natural y sustituirle con el hombre social se necesita un poder extraordinario, nada ménos que una mision de Dios, una funcion que no tiene nada de comun con el imperio que dan los hombres. Rousseau aprueba que su legislador recurra á la intervencion del cielo para imponer sus leyes, "á fin de arrastrar con la autoridad divina á los que no pudiera convencer la prudencia humana." Hémos aquí en pleno despotismo (a), un despotismo contra el cual no habría recurso posible, despotismo eterno, inmutable, puesto que tiene su principio en Dios (1). Lo que arrastró á Rousseau y á los filósofos fué la autoridad de los antiguos. Dios les hizo el favor de llamarlos de esta vida ántes del 89, porque hubieran renegado

(a) El volterianismo de Laurent es tan exagerado que, para atenuar las culpas de su héroe, no vacila en calumniar á Rousseau, atribuyéndole pensamientos á ideas que el consecuente republicano estuvo bien lejos de abrigar. ¿Qué tiene que ver lo que dice Rousseau con lo que aquí pretende hacerle decir Laurent?—(N. del T.)

(1) ROUSSEAU, *Contrato social*, lib. II, c. VII.

de sus discípulos, como lo hizo Raynal. ¿Es esto decir que no les debemos ningun agradecimiento? Sus mismos errores deponen en su favor y contra el antiguo régimen. Si apelaron á los príncipes, en cambio quedó bien demostrado que de ellos y de sus aliados, la nobleza y la Iglesia, sería toda la responsabilidad si llegaba á estallar la Revolucion. Los reyes fueron emplazados por los filósofos, y léjos de responder á la intimacion, se obstinaron en su ceguedad y en su egoismo. Entónces cayó sobre ellos el fallo divino; habian sido advertidos, y léjos de escuchar la voz de los profetas que la misericordia de Dios les enviaba, los despreciaron, los persiguieron y entregaron sus escritos al verdugo.

Esto contribuyó á la mayor gloria de los filósofos: centinelas avanzados de la humanidad, levantaron su voz en el desierto y fueron desconocidos por aquellos mismos á quienes servían. Un escritor en quien se encarna, por decirlo así, el espíritu de libertad, Benjamin Constant, les hizo esa justicia en medio de las tempestades de la Revolucion, despues de los crímenes del Terror, cuando la nacion comenzaba á cansarse de las agitaciones de la libertad y desertaba de los pensadores para entregarse á los guerreros. Benjamin Constant no desconocía los servicios de los ejércitos republicanos; pero recordó á los Franceses que si los soldados defendian la libertad, los filósofos la habian conquistado. "Cuando todo gemía bajo la opresion, cuando una inquisicion implacable tenía bajo su execrable imperio todas las inteligencias, cuando la fuerza militar no era más que un medio más de tiranía, unos cuantos hombres de letras, aislados, amenazados y perseguidos, se han transmitido de época en época la antorcha de la verdad. Doce siglos de supersticion y de feudalismo han pesado sobre la tierra, y durante ellos no se han desalentado esos hombres infatigables. Ellos han expuesto, desarrollado y difundido los principios regeneradores que vosotros defendeis con tanta gloria... Y no creais que su mision estuvo exenta de peligros. Vosotros combatis al aire libre, dais y recibis estocadas honrosas, moris tal vez cubiertos de laureles; ellos espiraban lentamente en los calabozos ó en medio de las hogueras... No olvidéis jamás que para que sean útiles las victorias es necesario que estén precedidas por las ideas... Si Bonaparte ha hecho temblar á Roma, es por-

que Voltaire habia precedido á Bonaparte," (1).

Si Benjamin Constant hubiese pronunciado ese discurso algunos años despues, se hubiera ido con más tiento en alabar los soldados de la República y al jóven conquistador de Italia. La fuerza armada es un instrumento peligroso para la libertad, y diré más: la libertad no se funda con la fuerza, como tampoco se mantiene por ella. Es el pensamiento el que gobierna al mundo, y, á no ser por las malas pasiones de los hombres, jamas preponderaría la fuerza. Nosotros ensalzamos la Revolucion; pero es como una triste necesidad. Los filósofos, á quienes se acusa de todos los males que desacreditan la época del Terror, eran hombres de pensamiento, y por eso sólo les repugnaba la violencia: "Una gran revolucion, decia Rousseau, es casi tan de temer como el mal mismo que pudiera curar; no debe deseársela, y no parece posible preverla." Es, en efecto, imposible prever hasta dónde irá el huracan, una vez desencadenado. La Francia reclamaba á voz en grito la reunion de los estados generales: nada era más legítimo; los filósofos estaban de acuerdo, pero temian que, reunidas las cortes y renaciendo el poder soberano de la nacion, no se supiese detener el movimiento. Mably, gran partidario de la reunion de cortes, las da consejos tan tímidos, que en 1789 hubiera pasado por un aristócrata. Quiere que se contemporice con los derechos adquiridos, aún cuando esos pretendidos derechos fuesen usurpaciones y se apoyasen en preocupaciones y errores. "No vayais á exigir, decia, que renuncien los grandes á prerogativas que pueden parecer onerosas á la nacion; al contrario, hay que hacerles esperar distinciones más halagüeñas y una grandeza más verdadera... Hay que curar al Estado, pero con un tratamiento suave, sin olvidar que es un enfermo debilitado por largos padecimientos, que su temperamento está viciado, que su convalecencia debe ser lenta, y que al apresurarla con remedios violentos se corre el riesgo de retardarla," (2). Hé ahí una prudencia que parecerá excesiva. Nosotros no somos partidarios de contemporizaciones que comprometerian la libertad, á fuerza de respetar la usurpacion y los abusos. Pero las citas que hemos

(1) BENJAMIN CONSTANT, Discurso pronunciado en el Círculo constitucional, el 30 fructidor, año V, p. 19.

(2) MABLY, *Derechos y deberes del ciudadano*, Carta VI (véanse sus Obras, t. XVII, p. 208 de la ed. en 12.º).

hecho demuestran que nada era más contrario á los filósofos, no digamos que los crímenes, sino que las violencias que cometió la Revolución. Sin que eso les exima de ciertas responsabilidades. Nosotros no hemos disfrazado sus errores, los cuales combatirémos en el curso de este estudio; pero nos parece que los hombres del pasado se engañan al hacer la guerra á la filosofía, porque si ésta padeció alguna equivocación, debida fué á la influencia del catolicismo en gran parte. Nosotros vamos á exponer las doctrinas del cristianismo histórico; consultaremos los hechos, y tomaremos en cuenta la revolución inaugurada por el siglo XVI en la religión oficial. Examinaremos despues las doctrinas de los filósofos, y de esta información resultará que la libertad moderna es completamente ajena al cristianismo, y que si las creencias cristia-

nas han difundido el sentimiento de igualdad, también lo han viciado exagerándolo. También demostrará nuestra información que la gloria de haber reivindicado los derechos del hombre corresponde á la filosofía, la cual ha tenido que combatir á la Iglesia como su enemigo. Añadamos que si el elemento de raza desempeña un gran papel en los destinos de los pueblos, la filosofía es la que desarrolla ese germen y le hace producir saludables frutos (a).

(a) El autor ha hecho aquí un *tour de force*, como dicen los Franceses, para glorificar á los filósofos y desterrar al cristianismo de la Revolución: trabajo inútil, si es que no funesto, por lo apasionado y por lo injusto. Ciertamente es que los escritos de los filósofos entran por mucho en la obra genésica de la Revolución; pero ni merecen los volterianos todos los laureles con que los abruma Laurent, ni el cristianismo merece el desprecio y la injusticia con que lo pretende eliminar de todo parentesco con la buena obra.—(N. del T.)

## CAPÍTULO II.

### EL CRISTIANISMO.

#### SECCION I.<sup>a</sup>

##### LA DOCTRINA CRISTIANA.

##### § I.—La libertad.

##### I.

Despues de diez y ocho siglos de cristianismo, se discute todavía acerca del carácter y tendencias de la doctrina cristiana. Consiste eso en que los partidos en que está dividido el mundo moderno y que se disputan el imperio de las almas quieren todos apoyarse en la alta autoridad de Jesucristo, y por una ilusión natural trasportan al cristianismo primitivo sus sentimientos y sus ideas. De ahí la diversidad sorprendente que hay en la apreciación de las creencias evangélicas. El protestantismo creyó volver á la verdadera tradición de Cristo, y en realidad dió el primer paso fuera del cristianismo histórico: en el día, su bandera es la de los filósofos, una religión progresiva. Lo mismo sucede entre los partidos políticos; no hay ninguno que no quiera autorizarse con el cristianismo, ó, á lo ménos, con la religión que predicó Jesucristo. Nosotros hemos oído á los revolucionarios del 93 y á los católicos ortodoxos afirmar igualmente que la libertad es de origen cristiano. Los escritores, filósofos, historiadores y poetas, abundan en esa confusión, más grande que la de la torre de Babel, no obstante la aparente armonía en el lenguaje. No

hay autor que no tenga su cristianismo propio; cada uno se forma el suyo á su manera, y no deja de encontrar sus deseos y sus esperanzas en las aspiraciones que atribuye gratuitamente á Jesucristo. Para demostrar la inanidad de esas vanas tentativas, nada habria mejor que poner enfrente unas de otras las mil explicaciones que se han dado de la buena nueva, puesto que, destruyéndose unas á otras, se adquiriria la convicción de que no es en lo pasado donde hay que buscar las inspiraciones para levantar el edificio del porvenir, sino en la conciencia progresiva de la humanidad (a).

(a) La verdadera torre de Babel entiendo yo que es la que construye el autor elogiando en unas partes el cristianismo, deprimiéndolo en cien otras y confundiendo en todas la doctrina del Cristo con las aberraciones del papado, con los intereses del catolicismo y con las peripicias y transformaciones que ha experimentado la Iglesia romana. Los demócratas, que aceptamos la verdadera doctrina del Cristo y reconocemos en su ideal una fuente de vida y de progreso, tenemos la íntima convicción de que esa doctrina es base más sólida y garantía más firme de la libertad y del progreso que las opiniones encontradas y bizarras de los filósofos y que su conducta, no siempre de acuerdo con las ideas que sustentan. Por lo demás, bien sabemos que el catolicismo y la Iglesia romana no han sido siempre ni son hoy intérpretes fieles de aquella doctrina, y que se apartan de ella al combatir la libertad, la igualdad y el progreso, ó, como dice el *Syllabus*, el *liberalismo* y la *civilización moderna*.—(N. del T.)